

Por el Profesor de Literatura de la Universidad
Central,

X Sr. Dn. Isaac J. Barrera.



ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

GOETHE

La Universidad Central del Ecuador viene estableciendo la hermosa costumbre de reunir a las personas que se interesan por todas las cuestiones del espíritu para hablar con ellas de las ideas que circulan por el mundo y de los hombres que han dicho su mensaje en el pasado o lo van diciendo para el porvenir. El mundo es una red de valores que son de gran importancia para la humanidad; la historia de los pueblos, como la historia de los pensamientos, no sigue un proceso aislado; es la marcha del hombre a la conquista de los más altos dones que se ha propuesto. Cuando rememoramos un acontecimiento o cuando recordamos a uno de esos hombres que fueron causa de tales acontecimientos, no hacemos sino celebrar las conquistas del espíritu y recordar con ánimo de tomar mayores alientos, aquellas etapas en que el lento caminar se convirtió en marcha victoriosa.

Una nueva consideración espiritual quiere poner hoy la Universidad, recordando el nombre de uno de los hombres más cabales, de un arquetípo, que por la plenitud de acción, por la energía creadora y por el don de meditación reconcentrada y de abierta euforia para los goces de la vida, se ha convertido en símbolo y en representación de afanes que todavía se mantienen y de inquietudes que perduran a través de los tiempos.

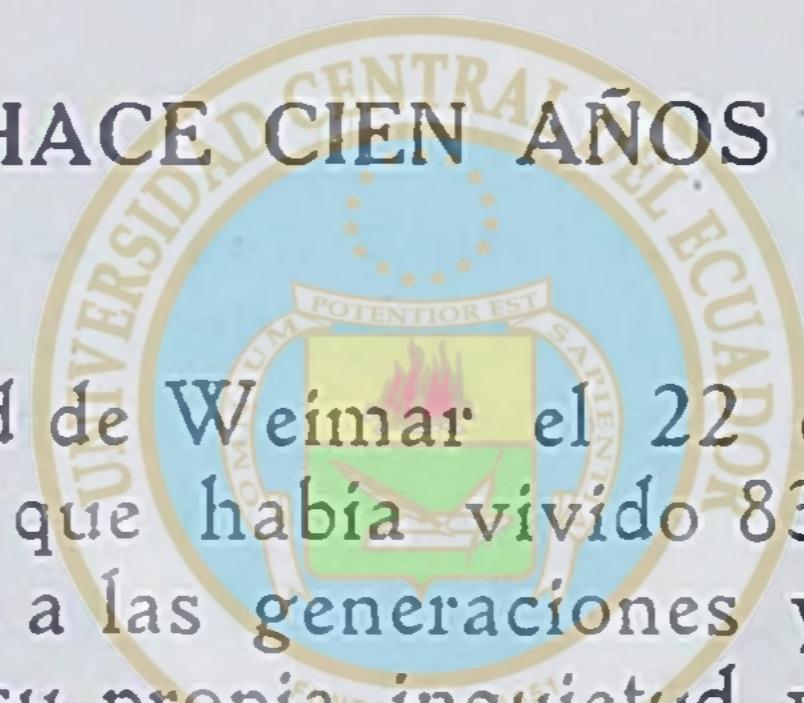
Al cumplirse cien años de la muerte del escritor alemán Juan Wolfgang Goethe han querido las naciones de civilización occidental recordar que este nombre representa no sola-

mente una gloria para la nación a la que pudo pertenecer, si-
no un jalón de progreso del espíritu humano; y, en Alemania, como en Francia, como en Estados Unidos del Norte de América y en las naciones Hispanoamericanas, se ha querido que este recuerdo revista caracteres de apoteosis.

Modestamente, también vamos a procurar que reviva la figura del gran Goethe ante nuestros ojos, recordando episodios de su vida y hablando de sus obras y del pensamiento eterno que de éllas se desprende.

I

HACE CIEN AÑOS



Era en la ciudad de Weimar el 22 de marzo de 1832. El hombre magnífico que había vivido 83 años de innegable juventud, asombrando a las generaciones y a los pueblos, oía al fin las palabras de su propia inquietud y se sentía enceguecer, aun cuando en su interior brillaba una luz clara, guía del trabajo, porque «sólo merece la libertad, lo mismo que la vida, quien se ve obligado a ganarla todos los días». Mucho había trabajado, pero había que hacer algo más. «¿Por ventura, he llegado a los ochenta años para hacer siempre lo mismo? Al contrario. Todos los días me esfuerzo por hacer algo distinto, por tener nuevos pensamientos que no me hagan fastidioso. Hay que transformarse y rejuvenecerse perpetuamente para no fosilizarse». Y tomaba un libro y miraba las blancas cuartillas que esperaban la huella de su pensamiento; pero la vida se le iba. Sentado en el sillón que le había acompañado en tantas meditaciones, vió salir el sol del 22 de marzo.—«A cuántos estamos?» «A 22, excelencia».—«Luego la primavera ha empezado»..... Su mirada se hundió en el vacío. El había sido el dueño de la primavera; muchos corazones palpitaron al unísono de su corazón lleno de amor; él amó la belleza y más aún la belleza encarnada en la mujer.—«No veis allá lejos, sobre aquel fondo sombrío, una bella cabeza de mujer, con bucles negros y tez magnífica?» Y languideció cerrando

los ojos. Cuando los abrió pidió que le acercaran a la ventana, porque quería «¡más luz!». Luego se hundió cómodamente en el lado izquierdo del sillón, y, expiró.

Cuando corrió la noticia de esta muerte, por Alemania y por el mundo, se sintió un gran estremecimiento, porque desaparecía el hombre representativo de la época, el conductor y el guía. «Los dioses se van», gritaba Heine; Goethe ha muerto. Murió el 22 de marzo de 1832; ese año significativo en que la tierra ha perdido sus más grandes ornamentos. Díriase que en ese año la muerte volvióse de repente aristócrata y que quiso distinguir a las notabilidades de la tierra, enviándolas juntas a la tumba. Tal vez ha querido fundar una selección allí en el reino de las sombras, y, en este caso, cumplió bien con su misión, o por el contrario, ¿quiso favorecer a la democracia y establecer la igualdad intelectual sepultando a los grandes? ¿Ha respetado a los reyes por insolencia? Ni un solo rey murió ese año. Los dioses se van; los reyes se quedan».

Aquel Goethe, pintado por el mismo Heine, quien sin embargo no siempre tuvo el suficiente respeto para el hombre, había llenado toda una época. Las celebridades europeas concurren a su casa de Weimer a admirar a este dios, que tenía el aspecto del gran Júpiter y que reunía las cualidades de un Apolo a la gravedad meditativa de Palas. Goethe era un alemán representativo, de exterior imponente, de apariencia agradable y simpática; marchaba erguido «y su mirada era tranquila como la de un dios».

II

EL BURGUES DE FRANCFORT

Goethe era un burgués de Francfort. «Jamás debe uno enrojecer al recordar su origen, por modesto que sea», porque así como Saúl, hijo de Kis, salió a buscar el rebaño de su padre y se encontró con un reino, puede el hombre errante, lleno de aspiraciones, hallar la gloria que es un reino más du-

radero. Goethe fué el verdadero monarca de Alemania y sus orígenes se remontaban a un albéitar, a un sastre y a un mesonero.

Cuando Goethe había vivido ya muchos años se puso a recordar los de la niñez y escribió esas Memorias que llevan el título de *Poesía y Realidad*. El escritor anota que nació bajo una constelación favorable. Y su vida probó que era verdad.

El padre de Goethe era un hombre adusto, que quería ardientemente hacer de su hijo lo que él mismo no había podido ser, y con un programa rígido exigió de sus hijos que aprendieran cuanto fuera posible: latín, griego, hebreo, francés, inglés, italiano, historia, botánica, matemáticas, religión, dibujo, música. Goethe lo aprendía todo y su hermana Cornelia se atiborraba de gramática y se ejercitaba en tocar el piano hasta el agotamiento.

Al lado de este padre severo, de pocas palabras y exigente, se encontraba, por fortuna, la madre, una bella mujer sonriente y espiritual. Estaba también la abuela, a quien recordaba el poeta «como espíritu revestido de la formas de una hermosa mujer, alta, dulce, afable, benévolas y siempre vestida de blanco». Después, en sus recuerdos no hay sino huellas de los dos amores que embargaron su vida: del amor al estudio y del amor a las mujeres.

ÁREA HISTÓRICA

Recorrer la vida de Goethe es conocer la vida de un hombre completo, una vida cual la quisiéramos todos, porque para todos hay aspectos que pudieran convenir; al lado de las grandiosas muestras de una inteligencia masculina, como la calificaba Emerson, están el artista, el poeta, el hombre de gusto, el de sociedad, el político, el hombre de acción y el soñador admirable. Por eso decía Eugenio D' Ors que era imposible hablar de Goethe tranquilamente, porque estorbaba una cosa dura de confesar, pero imposible de desconocer, la envidia. Todos quisiéramos parecernos al héroe de nuestra predilección, pero sin renunciar a nuestra propia personalidad; quisiéramos hablar como Demóstenes, escribir como Boccaccio, pintar como Leonardo; pero al tratarse de Goethe no quisiéramos ser como él, sino ser él.

Al parecer, la vida de Goethe es una permanente sublimación de sus pensamientos y un pausado recorrer de su propio destino. No hay un momento de vacilación en su vida: nació para cantar y el canto se convirtió en una segunda naturaleza,

que subyugaba con la viril espontaneidad con que brotaba de sus labios. Gran cazador de imágenes, lírico poderoso, dramaturgo admirable, novelista célebre, las obras fueron saliendo de su pluma, pero el autor no las dejaba correr con el abuso de su fluidez. Era fácil y abundante; pero exigente con sus propias obras, que las rehacía sin descanso, cuando no las condenaba al fuego, para escribirlas mejor.

Su padre, el consejero imperial Kaspar Goethe quería a toda costa que su hijo estudiara derecho y con este objeto le envió a la Universidad de Leipzig, en donde pasó de 1765 a 1768. Hizo los estudios con poco entusiasmo, pero continuó escribiendo incansablemente poesías pastorales, comedias y poemas épicos, que le pusieron en evidencia entre la juventud inteligente de su tiempo. Goethe era ya el hombre de las Musas.

Tenía sobre todo la facilidad de la adaptación, de manera de imponer su personalidad en los medios más adversos y de sacar enseñanzas y ventajas aún de los casos más difíciles. Hay que acordarse que este Goethe, que fué el soberano de la Europa intelectual de su tiempo, había nacido en una pequeña ciudad, que llamariamos provinciana. Leipzig, ciudad universitaria daba la moda en el vestir y trataba de imponer cierta elegancia de lenguaje en la conversación. Goethe tuvo que abandonar los trajes que había traído de la casa paterna para comprarse otros de mejor corte y de mejor gusto, que no atrajeran la sonrisa desdeñosa de las damas elegantes a las que era presentado. También tuvo que abandonar el lenguaje usado en la ciudad imperial para pulirlo a la moda de la ciudad universitaria, llenándola de palabras francesas de las que tanto uso se hacía por la buena sociedad alemana.

Pero los profesores universitarios le cansaron pronto y hay que decir también que no se encontraba muy a gusto en medio de la sociedad frívola de las jóvenes mundanas, «grupo peinado, rizado, dorado, parlanchín». Para muchas de estas damas, tampoco Goethe pasaba de ser un provinciano que no sabia bailar el minué ni jugar a los naipes. Y Goethe se entregó a la literatura con mayor fervor, cuanto más grandes habían sido sus decepciones universitarias y mundanas.

Esta es una circunstancia digna de notarse: de ninguna de las pruebas a las que la vida le supo someter salió Goethe sin llevarse algo en las manos. No miró impasible pasar los acontecimientos; todos fueron para él una enseñanza que le exigieron una prueba documentada. El despecho, la sole-

dad, la melancolía traducía en canciones y lieds llenos de fervor apasionado. Algunas veces sus versos encontraban el reparo de la crítica; pero en otras, que eran las más frecuentes, levantaban el entusiasmo de los lectores, traduciéndose para ellos en suave medicina de optimismo. A la juventud alemana de entonces le sucedía lo que más tarde al solitario de Ginebra. Amiel anotará en su diario: «Vuelto a mi casa he sentido la nostalgia de lo indefinible, la sed de la voluptuosidad, la inquietud del amor, el fastidio de mí mismo y de mi soledad, la acedia del claustro. La lectura de algunos lieds de Goethe no hace sino agujonear este deseo de vida y este disgusto del ascetismo puritano». Este deseo de vida era el que descubría con las obras que por entonces compuso.

No pasó solamente en Leipzig los años de aprendizaje; de la universidad volvió enfermo; en su casa de Francfort encontró enojos y disgustos. Resolvió continuar sus estudios en la Universidad francesa de Estrasburgo. Era la época en que María Antonieta, archiduquesa de Austria, acababa de casarse por poderes con el Delfín de Francia y se dirigía a París, desde Viena. En Estrasburgo se preparaba a recibir a la gracia e infortunada princesa, el Cardenal de Rohan, para lo cual había mandado transformar en un vergel encantado las márgenes del Rhin. Como vemos era una época en la que iban a ocurrir los más grandes acontecimientos: La Revolución Francesa estaba en las puertas.

En Estrasburgo Goethe estudió, escribió y amó. Como fruto de sus estudios obtuvo el título de licenciado en Derecho; no era todo lo que su padre exigía de él; pero con ese título regresó a Francfort y ejerció la abogacía, entendiéndose en asuntos que su padre le había buscado afanosamente, creyendo afirmarle en la carrera. Goethe no había nacido para abogado; pronto se aisló del ejercicio profesional y prefirió traducir a Homero, a Shakespeare y a Ossiam. Su fama de literato crecía visiblemente y en todas partes encontraba admiradores y manos femeninas que le refrescaban la frente ardorosa. Pero, para su padre, el consejero áulico, la literatura no era una situación social apetecible e hizo el último esfuerzo para llevarle por el buen camino, que, según él, no podía ser otro que el de continuar con el ejercicio de la abogacía. Por mediación de su padre, Goethe obtuvo el puesto de refrendario de la Cámara Imperial de Justicia de Wetzlar, enmhecido

tribunal que causó la definitiva repulsión de Goethe para con la abogacía, a la que ya no volvería más.

Desde este momento su vida iba a tomar rumbo definitivo. En *Egmont* escribirá Goethe que el carro de nuestro destino se desvía ya hacia la izquierda o hacia la derecha, por causa de una piedra o de un precipicio, porque no sabemos a dónde vamos, porque en realidad apenas nos acordamos de dónde venimos. Pero estas palabras que pueden referirse muy bien al común del destino humano, no tienen aplicación al tratarse de Goethe quién, pletórico de vida, ansioso de gozarla, rebelde contra todos los principios de seriedad social, sabía, sin embargo, a dónde iba.



Los acontecimientos de su vida tuvieron cumplida representación en las obras *Aldea Inglesa* y *Goethe*. No podía decir como Nietzsche: «yo soy una cosa; mi obra es otra». Goethe trasladó la vida a sus obras; hizo con ellas la apología de sus actos o la defensa de sus faltas; explicó lo que podía parecer inexplicable y dió un sentido a las angustias y a las desazones de la humanidad. Sus obras fueron bordeando los episodios de su vida; pero lo que tienen de particular es que con ellas no solamente dilucidó sus propios problemas sino que fué a ahondar los problemas de la época, del alma y del corazón humanos.

Una de sus primeras obras, que le condujo a la plena celebridad, fué *Las cuitas del joven Werther*, novela de pequeñas dimensiones, pero que desencadenó en el siglo una tormenta de pasiones; fué la que hizo el descubrimiento del mal del siglo y la verdadera iniciadora del romanticismo. No solamente suscitó refutaciones, imitaciones y simpatías, sino que muchos jóvenes de sensibilidad enfermiza, de melancólica inquietud buscaron la sombra de los sauces para saltarse los sesos, como el protagonista de la novela.

Es curioso examinar el procedimiento observado por Goethe, para la concepción y desarrollo de sus obras. Toma de la vida todos los elementos y observa las particularidades y detalles de su propia existencia; pero luego para dar la explicación de sus actos y de su proceder, mezcla esos diferentes elementos, los da nueva forma y los convierte en doctrinas que marchan en la vida por su sola cuenta. Se puede decir que el *Werther* no tiene una palabra que no corresponda a la realidad, aún cuando esta realidad se aleje del desarrollo verdadero de los acontecimientos.

El 9 de junio de 1772 Goethe fué invitado en Wetzlar a un baile campestre en el que se encontró con una hermosísima muchacha llamada Carlota Buff. Carlota era rubia y tenía dos hermosos ojos azules que miraban sonrientes. Goethe se prendó de la hermosa niña a la que se puso a cortejar con todo empeño, hasta que, a muy avanzadas horas de la noche, llegó el joven Kestner que se dirigió con todo desenfado hacia Carlota, la que se desprendió en seguida de Goethe. Goethe comprendió amargamente que Kestner era novio de Carlota.

Goethe la amó desesperadamente. Ella le acogía con bondad; pero haciéndole comprender la imposibilidad de su amor, pues que era la prometida de otro. Goethe creía vencer con el encanto que ~~se~~ desprendía de su vitalidad irresistible y con la que conquistaba a cuantos se proponía. Pero Carlota tenía sencillez y firmeza; por su parte Kestner tampoco se mostraba celoso del galán, pues mucho confiaba en la virtud de su novia. Las escenas que se desarrollaban, como vemos, no dejaban de ser un tanto ridículas: un joven ebrio de amor y poesía asediando incansablemente a una hermosa muchacha que sabía reprimir los ardores del enamorado, para mantenerle siempre a una distancia conveniente, mientras el novio consentía taimadamente estos escarceos, cuando no los cortaba con irónica frialdad.

Goethe iba agostándose en esta empresa sin esperanzas cuando acertó a llegar Merck, su amigo de Darmstad, a quien apellidaba Mefisto y el cual le decidió a abandonar el cerco. Carlota era bella, cierto, pero las había más bonitas. Además, qué podía esperar en la embarazosa situación en que se encontraba? Reflexionó Goethe y resolvió retirarse, como se había retirado de Sesenheim, huyendo de los brazos de Federica, como iba a retirarse varias veces más, con cierto

cálculo que convierten sus sentimientos en servidores de la razón.

Huyendo de este amor imposible, emprendió la retirada y por el Rhin llegó hasta Coblenza en donde buscó hospitalidad en la casa de Sofía de Laroche, literata sentimental y muy devota de la poesía del joven Goethe. En esta casa encontró a otra bella mujer, a Maximiliana, hija de Sofía. Maximiliana era diferente de Carlota, tenía los ojos negros y la tez más pura del mundo; además pertenecía a un círculo de literatos y de gente instruida; ella misma había leído muchas obras de literatura y sobre todo a Klopstosk y Rousseau.

Goethe ha escrito: «Es un sentimiento muy agradable el de una nueva pasión que se despierta en nosotros antes de que la antigua no esté del todo adormecida». No podía olvidar a Carlota; muy pocos días le separaban de su dolorido alejamiento; pero era muy grande el encanto de Maximiliana. El idilio duró algunos días; pues tenía que continuar el viaje; pero la correspondencia siguió uniendo a los enamorados, confidencial y ardiente.

Con la natural tristeza de dos amores abandonados llegó a su casa de Francfort que le amenazaba con hacerle volver a la vida de expedientes y de fastidio, cuando recibió una carta de Kestner, el novio de Carlota, carta en que le comunicaba que el hijo del abad de Brunswick, el guapo y tenebroso Jerusalem, a quien Goethe había conocido en Wetzlar, se había suicidado, por el amor desesperado a una mujer casada.

Jerusalem, como Goethe, había amado a una mujer ajena, hasta morir por su amor. Goethe no había podido hacerlo; por el contrario tuvo el valor suficiente para desprendérse del círculo de atracción fatal y huir. Había hecho bien, porque en su camino encontró el amor de otra mujer que fué a consolarle de su decepción. Sin embargo la identidad de casos le interesó, se hizo contar por menudo el acontecimiento y él mismo se trasladó a Wetzlar a reconstruir la muerte del desgraciado amante.

Como era de esperarse también volvió a ver a Carlota, que preparaba ya el ajuar de novia. La pasión volvió a encenderse en el pecho, pensó en morir como Jerusalem; pero al fin reflexionó que era mejor regresar a Francfort para amortiguar el dolor. Desde allí siguió la gestión matrimonial de

los novios; envió su regalo y recibió el recuerdo del ramillete nupcial de Carlota.

Para colmo de desdichas, la hermosa Maximiliana, llegó a Francfort, casada con un tendero italiano, que había quedado viudo, que tenía seis hijos y que era quince años mayor que ella. Cuando Goethe pensó reanudar el idilio se encontró con que el italiano no era de la curiosa pasividad de Kestner y que sin mucha cortesía le invitó a salir de la casa.

Ante esta nueva decepción Goethe buscó el refugio del arte. Tenía que escribir la historia de sus amores desgraciados; vaciar las quejas de su corazón y trasladar también las emociones que había recopilado en sus aventuras amorosas. Entonces se encerró en su escritorio, hizo una amalgama de las historias de sus amores con Carlota y con Maximiliana y de la muerte de Jerusalén, y escribió el *Werther*, «casi inconscientemente y como un sonámbulo», en menos de cuatro semanas. Goethe vació sus sentimientos en la obra; y después de escrita se lenificó la amargura. En verdad cuando un amor es tan absorbente hay que morir por él y con él u olvidarlo. Es lo que hizo Goethe, quien escribió después: «Como luego de una confesión general, me sentía libre y gozoso, presto para empezar una vida nueva».

Esta fué su aventura sentimental y ésta la historia de la obra; resta decir que el *Werther* tuvo un éxito prodigioso, porque no solamente se admiró en la obra la perfección del estilo, el amor a la naturaleza, la precisión artística de los cuadros, la armonía y la distribución de las escenas, sino que fué en Alemania la causa inmediata para el aparecimiento de la enfermedad romántica. Si no podía ejercitarse la acción, era mejor dedicarse al cultivo de las emociones y a refinarse el sentimiento hasta lo enfermizo, hasta conseguir la soberanía absoluta del temperamento. El *Werther* resultó, pues, el breviario de las enfermedades de la imaginación del siglo, como escribía Madame Staél.

IV

EL GOCE DE LA VIDA

El *Werther* inició la celebridad de Goethe. De todas partes de Alemania concurrieron a visitar al joven escritor. Los suicidios, después de la lectura de la obra, se pusieron de moda; las apologías del amor libre se multiplicaron. Los que iban a visitar a Goethe se encontraban con un joven lleno de vida y de alegría; se había despojado de la pasión enfermiza al escribir la obra, y seguía despreocupado el camino de la vida, sólo pensando en encontrar una gozosa aparición a la vuelta de cada recodo de la ruta.

Goethe vivía su juventud con placer, con desbordamiento. No se trazaba ningún plan, vivía a la aventura. Inventaba alegres juegos para pasar las veladas en sociedad; seguía al místico Lavater y al pedagogo Basedow en el viaje de propaganda que hacían, aprendiendo de ellos y complaciéndose en contradecirles. Cuando esta compañía le cansó fué a visitar en Colonia al filósofo Jacobi; con él aprendió a amar a Spinoza y a buscar la presencia universal de lo divino. Más tarde se encontró con dos poetas despreocupados, dos jóvenes locos de romanticismo y de deseos revolucionarios. Con ellos se fué a Suiza, a embriagarse de naturaleza y de libertad.

Este trío magnífico recorrió los pueblos vaciando botellas en las posadas y alarmando a los vecinos pacíficos, con las invectivas que lanzaban contra la tiranía, contra los burgueses, contra los filisteos. No perdían ocasión de *épater*: en Darmstad se bañaban completamente desnudos en las fuentes públicas y en las posadas, después de copiosas libaciones, rompián los vasos contra las paredes. Pero cuando encontraban una persona de talento le presentaban sus homenajes, también de bulliciosa manera: en Carlsruhe se reunieron en torno al gran Klopstock; en Zurich visitaron a Lavater, y a Bodmer, el patriarca de la literatura suiza.

Las alturas atraían a Goethe; dejó a sus amigos para subir a la montaña y alcanzó los picos más altos de los Alpes, y llegó a los contrafuertes del Gotardo.

Este era el goce pleno de la vida; pero no creáis que todo esto le hiciera olvidar el trabajo. Viajaba, lo queaba, se divertía; pero las cuartillas iban amontonándose copiosamente y las obras, depuradamente escritas, se multiplicaban: *Clavijo*, *Stella*, *Egmont*; esbozaba tragedias y epopeyas; los proyectos literarios le quitaban el sueño y por las noches se levantaba del lecho para anotar ideas, imágenes. Escribía con la mayor facilidad; pero no era la fuente que deja correr el salto de agua, sino la flor que brota, matizándose armoniosamente: trabajaba sus obras con todo cuidado y las rehacía una y otra vez hasta que le satisficieran plenamente. El secreto para el gran número de obras que escribió no estaba en la facilidad sino en el trabajo asiduo e incansable. El mismo Goethe lo dirá por boca del Tasso: «El trabajo, la salud me vuelve». Esbozaba al mismo tiempo muchas obras y apenas terminada una, otra estaba en el telar.

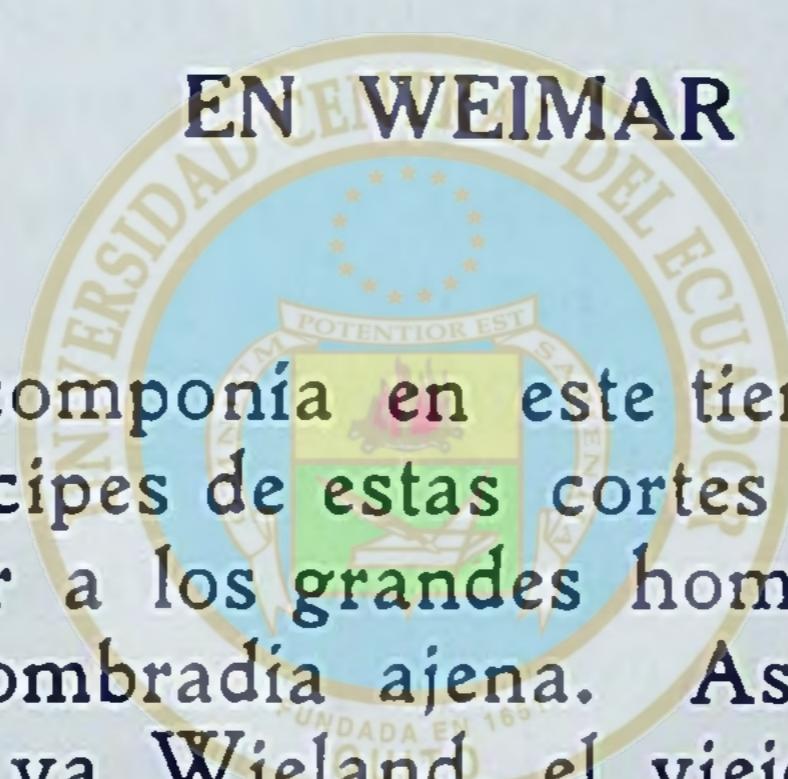
Gran trabajador era; pero en hombre tan ebrio de vida, había espacio para llenarla con muchas cosas más; y si el trabajo era salud, también confesaba en el *Meister* que su corazón no podía vivir sin ningún afecto. Por esto se le ha llamado calculador y egoísta. La mujer, según tales opiniones, le servía tan solamente como campo de experimentación: unas le amaron hasta el delirio; otras le resistieron; pero el amor para todas ellas duró muy poco en el corazón de Goethe. Cuando más estrechamente preso parecía en las redes del amor, consciente del más alto destino a que estaba reservado, rompía todos los lazos y se marchaba lejos, sin perjuicio de atrapar cuanta mariposa pasara al alcance de sus manos. Ya le hemos visto llegar a los umbrales del suicidio con Carlota; le creemos convaleciente de ese gran amor, cuando le sorprendemos con Maximiliana e interpretamos las cartas que escribía a una bella desconocida. Hoy le encontramos atado por los encantos de Lili, la hija de un banquero. También en esta vez, iba a escapar de los lazos del amor. Había recibido la invitación del Nuevo Duque de Sajonia - Weimar y resolvió aceptarla. Una noche fué hasta el palacio en que habitaba Lili; el poeta vió dibujarse la silueta de la mujer amada que se hallaba cantando en el clavicordio una de las tantas romanzas que le había dedicado. El poeta contuvo su emo-

ción, y, otra vez, como había hecho con Federica y con Carlota, volvió las espaldas sin decir adiós.

Pero este hombre ávido de amor vertía sus sentimientos en canciones y disparaba sus versos como flores apasionadas o como armas armoniosas. A todas rindió el homenaje de su poesía y sus poemas se hicieron tan conocidos que, como si fueran canciones brotadas del pueblo, se cantaban en los salones y en los campos, por los aristócratas y por los campesinos, porque parecían salir del alma de todos.

V

EN WEIMAR



Alemania se componía en este tiempo de pequeños principados. Los príncipes de estas cortes desmedradas han gustado siempre atraer a los grandes hombres, para buscar importancia con la nombradía ajena. Así se hacía en Weimar. En esa corte vivía ya Wieland, el viejo poeta y filósofo, tan atacado por los jóvenes del «Sturm und Drang» y por el mismo Goethe en aquella farsa satírica *Dioses, héroes y Wieland* que escribió cierto día, mientras vaciaba una botella de Borgoña.

Wieland había sido llamado para que sirviera de preceptor del Príncipe heredero Carlos Augusto. Goethe era llamado por el joven soberano. ¿Qué se esperaba del poeta?

La Alemania de entonces tenía muy poco parecido con la de hoy, que nos impone con su rigidez y grandeza. Las cortes de los pequeños estados eran caricaturescas. Weimar era un pueblo de seis mil habitantes; no tenía comercio ni industrias; la población vivía de los pastos: era pastoril, como un pueblo de la Sicilia de Teócrito. La corte correspondía a la pequeñez del estado: las damas, en las veladas de palacio, hacían labor; los hombres eran pastores disfrazados de cortesanos. Por supuesto que había lacayos empolvados, con librea galoneada y medias de seda.

A esta pequeña corte fué llamado Goethe. El poeta ca-

yó en ella como un bólido: tenía juventud, belleza, talento; venía precedido de una fama ya largamente pregonada; el *Werther* había puesto de moda hasta su manera de vestir; la fama de sus empresas amorosas hacia la conquista anticipada de otras mujeres. Llegó a Weimar y lo transformó todo. Principió por conquistarse al viejo poeta Wieland; reunió en su torno a toda la brillante juventud de Weimar: para el duque fué como la entrada de la primavera: adoptó el vestido de *Werther* y tuteaba a Goethe como a un hermano.

«Dos almas residen ¡ay! en mi pecho, escribirá más tarde en el *Fausto*. Una de ellas pugna por separarse de la otra; la una, mediante órganos tenaces, se aferra al mundo en un rudo deleite amoroso; la otra se eleva violenta del polvo hacia regiones de sublimes antepasados». Una alma juvenil, loca, llena de transportes audaces y atrevidos fué la que se despertó en el poeta al contacto de esta pequeña corte. Lleno de amor a la naturaleza y menospreciador de prejuicios, se presentó como un Mefisto burlón. La corte fué una zarábanda en la que tenían lugar las mascaradas, las bromas, las algazaras y hasta los escándalos; al punto de que Klopstock que llegó a saber todas las diábluras que sucedían en Weimar, por la mala influencia de Goethe, le escribió culpándole de ser cómplice de las orgías principescas.

Lo que habrá que admirar siempre en Goethe es la capacidad, la aptitud para comprender mucho y emprender en las cosas más variadas y disímiles. Se divertía locamente con el principio; pero accedió también a ayudarle en la administración: Goethe, contra el parecer de los Ministros de la corte, fué nombrado Consejero privado de Legación. Se le concedió un buen sueldo y se le hizo el regalo de una casa y un jardín a orillas del Ilm.

Desde aquí comienza una nueva vida para el poeta. Terminan las juveniles andanzas y sus mismos estudios van a tomar otros rumbos; su permanencia en la corte le hará intervenir en asuntos públicos y los acontecimientos del mundo tendrán su refracción en este considerable talento. El consejero Goethe fué Ministro y como tal cargó sobre sus hombros con la administración del pequeño estado: todos los asuntos pasaban por sus manos. Es cierto que el ducado era pequeño y que apenas contaba con cincuenta mil habitantes; pero hay que tomar en cuenta que formaba parte de la Confederación Germánica, que era a la vez independiente y soli-

dario de los estados vecinos, que se componía de cuatro regiones distintas, siempre en contacto y algunas veces en conflicto con Prusia o Sajonia, para creer que no fueran complicados los asuntos que se suscitaban. Además, el primer Ministro, que era Goethe, tenía que entenderse en todo y hacerlo todo: era árbitro en las diferencias, reglamentaba la caza y la pesca, daba instrucciones para atacar los incendios, legislaba sobre pesas y medidas, alistaba los reclutas reclamados por el rey de Prusia, dirigía las obras de desecación, de riego y la explotación de canteras, organizaba la cobranza de impuestos, nombraba los actores del teatro y los profesores de la Universidad de Jena. Con razón decía el poeta Wieland: «Vive, gobierna, produce la lluvia y el buen tiempo, y nos hace dichosos».

Pero ya sabemos que no podía vivir sin afectos. Su corazón apasionado buscaba empleo y su actividad encontraba tiempo para el amor. También desde esta época se marcará en su vida una nueva etapa en cuanto a la consideración sentimental. Hasta aquí había amado desbordadamente, con pasión salvaje, que podía confinar en el suicidio; iba a encontrar la medida, la elegancia, la moderación, la serenidad. Su compostura sentimental influiría además en su obra y en su vida. Atrás quedaban las confesiones apasionadas y románticas, de un anticipado romanticismo, de *Goetz de Berlichingen*, de *Werther*, *Clavijo*, *Stella*, ahora vendrá la obra helenizante que alejará al poeta del «*Sturm*», preconizado todavía por una brillante juventud.

Esta época corresponde al amor del poeta hacia Carlota de Stein, esposa de uno de los funcionarios de la corte y dama de honor de la duquesa Amelia. Era una de esas mujeres que valen más que todas las bellezas, sin ser bellas, por la profundidad de la mirada, el andar leve, la voz armoniosa y la medida y suavidad de sus expresiones. Era además dueña de una cultura extensísima, que no gustaba lucirla, sino por la observación discreta y atinada. Era de esas mujeres inteligentes que hacen admirar la inteligencia a fuerza de discreción.

Goethe llegó a ella con el tumulto de sus pasiones, pero se encontró con un afecto puro y casi maternal. Tampoco ella podía librarse del hechizo juvenil del poeta, le concedió su amor; pero a distancia, con la exquisitez de un don que no se apetece sino que se anhela. La impetuosidad era contenida

bondadosamente; los desbordamientos sólo servían para domesticar el salvajismo del dios absorbente. Carlota emprendió, por amor, en la grata tarea de enseñarle los usos y el protocolo; de contener la grosera impetuosidad del enamorado, de pulirle, de infundirle cordura. Muchos años pasó así, latiéndole la fiebre sorda del amor contenido, pero encantado por la dulzura y la bondad. Era una prisión este amor. Dorada prisión, de la que había que libertarse también.

V I

EN ITALIA



Para libertarse huyó hacia Italia, hacia el país de la luz, solo y a escondidas, en setiembre de 1786.

Italia fué una revelación para el poeta. «Es como comenzar una nueva vida, escribe, ver con los propios ojos la reunión de lo que se conoce en detalle, interior y exteriormente. Todos los sueños de mi juventud, los veo hoy vivientes». Sus estudios le habían llevado imaginativamente muchas veces a este hermoso país; pero qué diferente resultaba de lo imaginado. «Cuando Pigmalión hubo formado a Elisa a la extensión de su querer, y le hubo dado tanta verdad y vida, cuanta podía darla el artista, y cuando al fin Elisa se presentó y le dijo: ¡Soy yo! El ser vivo era muy diferente de la piedra esculpida».

Iba recorriendo las ciudades de Italia y comprendiendo que los romanos habían trabajado para la eternidad: todo era armonía clásica, serenidad decorativa. En Ferrara se encontraba con el recuerdo del Tasso, una de las hermosas figuras del siglo XVI, que se proponía cantar. Visitó varias ciudades, antes de llegar a Roma. En Italia halló el arte cristiano y el arte griego. Las obras antiguas llamaron más su atención. «Las brisas que nos llegan de las tumbas antiguas están cargadas de perfumes recogidos en una colina de rosas». Todo confluía hacia la vida serena y armoniosa.

Antes que la tortura mística, prefirió la serenidad helénica, y el wertheriano romántico se hizo pagano.

Cada paso que daba en el milagroso país era una transformación que sufría en todo su ser. «En general nada puede compararse con la nueva vida que procura a un hombre que piensa la observación de un país nuevo. Soy el mismo y sin embargo me parece haber cambiado hasta la médula». «El segundo nacimiento que me transforma de adentro a afuera, continúa su obra», escribió días después. Goethe fué el conquistador de Roma, como muy bien dice Suarès, y el gran poeta romano que tal vez no tuvo la ciudad Eterna.

Italia no era solamente Roma sino la Magna Grecia, y, así, la armonía helénica le penetraba a medida que avanzaba al Sur, con rumbo a esa Nápoles alegre e indolente. Pero las Sirenas moraban más allá y hacia ellas fué. «Con respecto a Homero, escribió a Herder, parece que una venda hubiera caído de mis ojos. Las descripciones, las comparaciones nos parecen poéticas y son, sin embargo, lo más naturales que se puedan decir, pero trazadas con una fuerza y una intimidad que espantan. Las fábulas, aún las más extrañas, tienen un aire natural que no he sentido nunca tanto como en la vecindad de los objetos descritos. Permítame expresar mi pensamiento en dos palabras: los antiguos representaban la existencia y nosotros, de ordinario, el efecto; ellos describen lo horrible, nosotros horriblemente; lo agradable, nosotros agradablemente. De allí procede todo lo forzado, lo amanerado, las gracias afectadas, la infladura; pues, si se trabaja el efecto y para el efecto, no se cree jamás volverlo tan sensible. Si lo que yo digo no es nuevo, por lo menos una nueva ocasión me lo ha hecho sentir muy vivamente».

Transformado de raíz en gustos y aficiones artísticas volvió con sus obras la vista a la armonía griega: transcribió en verso su tragedia *Ifigenia* que había llevado escrita en prosa, terminó *Egmont* y *Torcuato Tasso* y emprendió en la composición de dos tragedias de tipo clásico: *Nausicaa* y la *Ifigenia en Delfos*, que no llegó a concluir.

Después de dos años de ausencia volvió a Weimar. A su vuelta escribió las *Elegías romanas* y los *Epigramas venecianos* llenos de nostalgia por los mármoles antiguos y de voluptuosidad, por reflejarse en ellos la armonía de las líneas y la plasticidad del cuerpo humano.

Goethe regresaba de Italia rejuvenecido para el goce de la vida, de la historia, de la poesía y de la antigüedad; regresaba cargado de materiales para pulir en muchos años. Pero la inconstancia del público se manifestaba con crueldad: las obras que traia de Italia no llamaron la atención; las mujeres estaban encantadas con la sensibilidad humorística de Juan Pablo; en los círculos literarios se hablaba con entusiasmo del joven dramaturgo Federico Schiller. Realmente tuvo que convencerse de que, con su depurada poesía, era un extranjero en su país, por haberse adelantado a su época o porque Alemania permanecía rezagada.

VII

GOETHE Y SCHILLER—LA CAMPAÑA DE FRANCIA



Si en los primeros momentos Schiller se presentó como un competidor, pronto fué un compañero en las luchas por la cultura. Juntos escribieron en *Las horas* y juntos sostuvieron la encarnizada batalla de las *Xenias*, epigramas que se lanzaban como flechas contra todos los enemigos en el arte y aún en la política. Época fecunda ésta: Goethe escribía esa hermosa epopeya rústica, de influencia homérica, *Hermann y Dorotea*, y Schiller su grandiosa epopeya dramática *Wallestein*. El *Guillermo Tell* era un asunto del que se desprendió Goethe para que lo escribiera Schiller.

Además de la literatura había otros asuntos que llamaban la atención del mundo por este tiempo. Kant publicaba en 1781 la *Critica de la razón pura*, y en 1790, la *Critica del juicio*. Otros acontecimientos se producían también: Francia se revolucionaba. Esto no podía dejar insensibles a los escritores alemanes y Schiller escribió las cartas acerca de *La educación estética del hombre* con las que se proponía formar caracteres de ciudadanos que hicieran posible la libertad. El artista debe con sus obras ennoblecer el carácter de sus contemporáneos, trabajando así por la patria y por la humanidad.

Días de enorme trascendencia eran aquellos: la Revolución Francesa era una antorcha que se levantaba para iluminar el mundo; desde allí partió la acción de Miranda y el propósito de Bolívar, que se convirtió en el juramento del Monte Sacro.

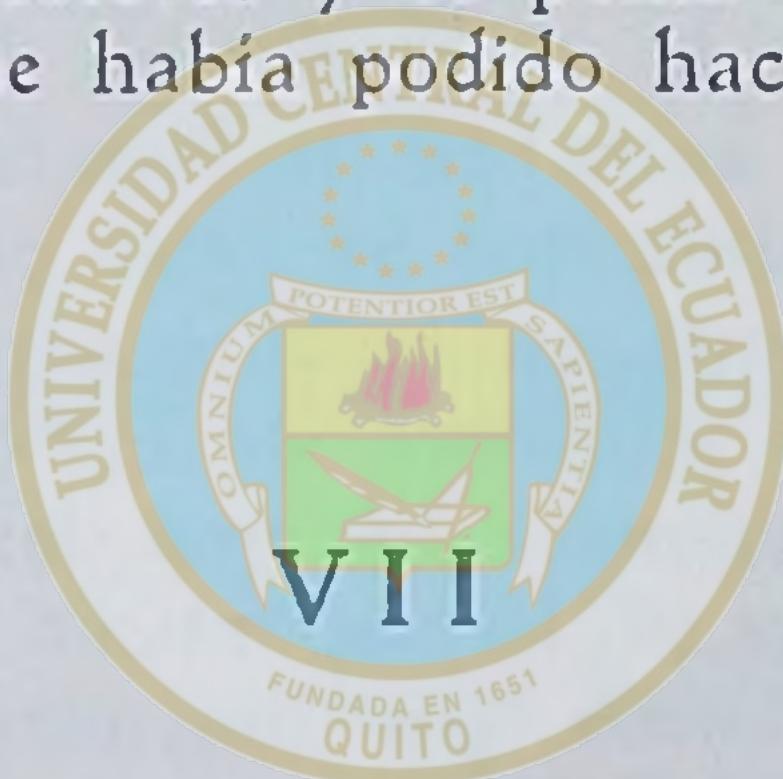
La Revolución Francesa removió todos los continentes y enmendó el curso de la historia. Europa quiso enfrentarse con la Revolución y Prusia le declaró la guerra. Con Prusia entró también en la guerra el ducado de Carlos Augusto y con este príncipe tuvo que salir a la campaña el Consejero Goethe. El poeta ha descrito esa marcha. El ejército prusiano marchaba orgulloso a destruir a los descamisados. El duque de Brunswick era quien mandaba el ejército alemán, Dumouriez el francés. No olvidemos que un suramericano, el General Miranda, comandaba una división francesa y que los lauros de Valmy le corresponden en gran parte. Con temeroso respeto se entra en la lectura de los documentos del Archivo de Miranda que se están publicando actualmente. Miranda nos cuenta, en aquellos papeles salvados casualmente, que el 12 de setiembre de 1792 tuvo el primer encuentro con los prusianos a los que desalojó de la posición de Morthomme y que el 15 del mismo mes contuvo valerosamente una falsa alarma que amenazaba desbaratar a la división. Entre esos documentos consta esta nota: «Beurnonville llegó con diez mil hombres desde el campo de Maulde, el 18, y Kellerman el 19, con un cuerpo de tropas de otros diez mil hombres. El ejército prusiano nos atacó por la izquierda en Valmy el 20, con un furioso cañoneo, que duró desde el amanecer hasta la noche, fue rechazado; propuso una tregua para entablar una negociación, y se fué».

Este fué el famoso cañoneo de Valmy. También Goethe dejó escritas sus impresiones de la campaña de Francia y consigna con amargura como después del inútil cañoneo, las tropas francesas permanecieron en sus puestos causando una gran consternación en el ejército alemán que a la mañana no hablaba sino de acabar con los franceses. Ahora todos callaban desconfiados. «Al caer la noche, habíamos formado por casualidad un círculo en medio del cual ni siquiera se pudo encender una hoguera como otras veces. La mayoría callaba, algunos discurrían, pero sí ha de decirse la verdad con falta de reflexión y de juicio. Se pidió mi opinión. Yo respondí: «De este lugar y desde este día, data

una nueva época en la historia del mundo. Y podremos decir: Yo estaba allí».

El viejo régimen político de Europa era vencido por la Revolución Francesa: el ejército prusiano emprendió la retirada que fué desastrosa por haberse agravado con la crudeza de la estación. En medio de esta retirada, el orgulloso duque de Brunswick, se detuvo un dia ante el poeta para decirle: «Me felicito de tener en Ud. un testigo más, un hombre digno, que podrá declarar que nos han vencido los elementos y no los enemigos».

Goethe meditaba en el alcance que iban a tener esos acontecimientos. La fatigosa retirada no le hacía perder el buen humor ni había menguado la enorme capacidad de su trabajo. Entre sus papeles llevaba su célebre estudio acerca de la Teoría de los colores y se ponía a redactar las nuevas observaciones que había podido hacer durante la campaña.



ÁREA HISTÓRICA CON NAPOLEON, CON BEETHOVEN Y CON EL AMOR

Ocho años habían pasado después de esta campaña; ocho años de pasmosa fecundidad del escritor que removió hasta los cimientos de la vieja literatura alemana. Había publicado ya el *Wilhelm Meister*, que tan honda repercusión iba a tener en la literatura, escribía los *Propileos*, traducía obras francesas, seguía en sus trabajos científicos. Hay que admirar esa labor incansable, que no deja un asunto sino para tomar otro; esa capacidad para abarcarlo todo: esa robustez vital para no encontrar nunca el cansancio. Sólo un acontecimiento desgraciado, la muerte de Schiller, le vino a sumir en una especie de atonía. Goethe tenía entonces cincuenta y cinco años.

Por fortuna otro acontecimiento iba a provocar la reacción deseada en la vida del poeta. La Revolución Francesa había triunfado; pero el corolario de la Revolución fué Bo-

naparte. Prusia declaró la guerra a Napoleón; pero este guerrero extraordinario contestó la declaración con la victoria: la batalla de Jena fué la primera maniobra brillante del ejército francés. Weimar fué invadida por los vencedores y saqueada la ciudad.

Las campañas napoleónicas siguieron: Napoleón se convirtió en el ídolo de las almas intrépidas y Goethe le admiró grandemente. Pero los acontecimientos políticos, en los que tenía que tomar parte como Ministro de Weimar, no le impedían continuar en sus trabajos literarios: terminada la primera parte del *Fausto*, comenzaba las *Afinitades electivas*, escribía el poema *Pandora* y recogía documentos para sus memorias. Todo esto sin descuidar sus atenciones de Ministro que le ocupaban nada menos que en los preparativos para el Congreso de Erfurt, la asamblea de los reyes, que presidirá el gran Corso.

Napoleón deseaba conocer a Goethe y le dió una cita en el Palacio en que se alojaba. Goethe ha contado la entrevista: «He sido citado para las once de la mañana.—Un chambelán me pide esperar.—La muchedumbre se aleja.—Se me presenta a Savary y Talleyrand.—Se me llama al gabinete del Emperador.—En este momento se hace anunciar Daru, que es introducido en seguida.—Esto me hace vacilar.—Se me llama por segunda vez. Entro. El Emperador está sentado ante una gran mesa redonda. Desayuna. A su derecha, a alguna distancia de la mesa, está Talleyrand, y a su izquierda Daru, con quien habla de contribuciones. El Emperador me hace signos para que me acerque. Permanezco de pie, a una distancia conveniente. Después de haberme observado un momento, me dice: «*Vous êtes un homme*».

«Esta palabra, dice Ludwig, surgida espontáneamente, como una flecha de oro, iba directamente a dar en el blanco. Precisamente porque el amo del mundo ignoraba todo lo que a aquel otro amo del mundo se refería, esta palabra, que jamás había dirigido, y que ya no debía volver a dirigir nunca a nadie, prueba la divina comuniónde del genio».

La conversación continuó con la majestuosa habilidad que sabía dar a todos sus actos Napoleón, quien, después de hacer interesantes apreciaciones literarias sobre el *Werther* y sobre las tragedias griegas, quiso incitar a Goethe para que escribiera una tragedia moderna sobre la muerte de César. Y las preguntas se suceden a las preguntas. «¿Ha visto al

Emperador de Rusia? Si Ud. hace algo sobre la entrevista de Erfurt, habrá que dedicárselo». Goethe sonríe ante la insinuación y le contesta: «Sire, no acostumbro hacerlo; cuando comencé a escribir, me impuse como principio no hacer dedicatorias, a fin de no tener que arrepentirme nunca de ellas».

Esta fué la entrevista de dos hombres geniales, superiores; de ambos puede decirse lo que de Napoleón dijo Goethe: «fué uno de los hombres más fecundos que pasaron nunca sobre la tierra».

Hermoso episodio de la vida del escritor, que habría que ponerlo al lado de otros para que resalte en su integridad todo lo que de grande había en este hombre, por otra parte perfectamente humano. Ante el más grande hombre de la época le vemos inflexible y entero; vamos a verlo en otra situación y junto a otro de los genios también de ese tiempo.

Beethoven, el autor de las maravillosas sinfonías, vivía por entonces una existencia llena de contrariedades, exacerbada por su carácter demasiado libre y violento. Betina Brentano, una de las fervorosas admiradoras de Goethe, pudo ver por entonces a Beethoven, recibiendo una profunda impresión, que la patentizó en la carta que escribió a Goethe: «Cuando lo vi por primera vez, el universo entero desapareció para mí. Beethoven me hizo olvidar el mundo, y aún a tí mismo, joh Goethe! Creo no equivocarme al asegurar que este hombre se ha adelantado mucho a la civilización moderna». Era la época en que el músico, abandonado por el amor, había alcanzado la gloria y la conciencia de su poder. Con profundo desprecio por todas las cosas decía no reconocer más signo de superioridad que el de la bondad. Por eso decía la Brentano, «ningún emperador, ningún rey había tenido una conciencia tal de su fuerza». Por su parte el músico escribía en 1811: «Las poesías de Goethe me hacen feliz». Goethe le parecía por «grande y majestuoso, siempre en re mayor», y por encima de este poeta no ponía sino a Homero, Plutarco y Shakespeare.

Con tales antecedentes no es de extrañarse que ambos personajes quisieran conocerse y que fuera grato el encuentro que tuvieron en 1812, en los baños de Toeplitz. Pero al acercarse se contrapusieron. Goethe era un anciano protocolario y olímpico; el músico un revolucionario en la plenitud de la vida, desmelenado, medio sordo y un tanto atrabiliario. Un día se paseaban juntos. Beethoven lo ha con-

tado en la siguiente carta: «Los reyes y los príncipes pueden hacer muy bien profesores y consejeros privados; pueden muy bien colmarlos de títulos y de condecoraciones; pero no pueden hacer a los grandes hombres, a los espíritus que se elevan por encima del fango del mundo..... Y cuando están reunidos dos hombres tales como yo y Goethe, estos señores deben sentir nuestra grandeza. Ayer encontramos en el camino, al regresar, a toda la familia imperial: la vimos de lejos; Goethe se desprendió de mi brazo para detenerse a la orilla de la carretera, y me habría gustado decirle que yo quería no dejarlo dar un paso más. Me hundi entonces el sombrero, me abotoné la levita, y avancé, con los brazos a la espalda, por entre los grupos más espesos. Príncipes y cortesanos formaron valla; el duque Rodolfo se quitó el sombrero delante de mí, y la emperatriz fué la primera en saludarme. Los grandes me conocen. Para mi entretenimiento, vi desfilar la procesión delante de Goethe, que permanecía a la orilla del camino, profundamente inclinado y con el sombrero a la mano. Se lo reprendí en seguida, y no le he perdonado nada».

¿Cómo juzgar lo narrado en la carta anterior? ¿Cuál actitud es la más digna de encomio? D'Ors al tratar de la munificencia de los príncipes alemanes con los hombres de talento, dice que un Beethoven puede engrandecerse con el menosprecio de las dulzuras que ofrecían esos príncipes; pero que un Goethe nunca descenderá al aceptarlas. El uno era la medida cortés y elegante; el otro, el ríspido genial, el divino Baco que extraía el néctar para la humanidad; «soy quien da a los hombres el divino espíritu del frenesi».

En las curas de aguas que hacia Goethe tenía también otros encuentros. Cuando cansado de Carlsbad decidió ir a Marienbad se alojó en una pensión, en la que se encontró con una hermosa muchacha de 17 años: se llamaba Ulrica; tenía una belleza tímida, rizos oscuros y ojos azules. Otra vez sentía el poeta el encanto perpetuamente renovado del amor. Poco a poco la muchacha se le fué entrando en el alma; durante dos años regresó a Marienbad en donde se encontraba la fuente de juventud de Ulrica. Goethe tenía setenta y cuatro años; sus cabellos se habían emblanquecido; pero era siempre el hombre gallardo y fuerte, que paseaba su alta estatura con majestuosidad avasalladora. Goethe creyó que podía rehacer el hogar deshecho con la muerte de su esposa;

mas Ulrica no se decidió. Goethe regresó a Weimar con la amargura en el alma. Pero tenía el remedio para todas las heridas del corazón: había que cantarlas; y compuso un poema de amor y de dolor. «Por la mañana a las ocho escribió la primera estrofa. Continué componiendo en el coche y en cada estación escribia lo que acaba de componer. Por la noche estaba toda la poesía en el papel».

VIII

SU ULTIMA EMPRESA.—EL FAUSTO

Es hermoso seguir la vida de un hombre que ha trabajado para la humanidad en las diferentes etapas de la vida. Hay dos maneras de considerar a los hombres: por lo que representan y por lo que son: en veces las dos personalidades se contraponen haciéndonos ver el triunfo de la inteligencia sobre el instinto o la influencia preponderante del medio. Así, pues, no puede comprenderse todo el valor de un pensamiento sino a través de las viscosidades del carácter humano. Hemos visto a Goethe a lo largo de una dilatada existencia y hemos llegado al periodo de la vejez. La vejez es la época de la declinación del hombre; pero parece que Goethe no hubiera sido jamás viejo, y, así, nada hay más digno de considerarse que su luminosa vejez. A medida que envejece nos parece sentir que crece en fuerza y en serenidad. La vida le ha sonreido; pero, ¿habrá encontrado la felicidad?

Estamos acostumbrados a contemplarle en una actitud olímpica y nos parece que nunca le llegaron con intensidad los dolores como a los demás hombres. Le encontramos siempre sereno ante las adversidades y, sobre todo, conocemos la panacea que hace uso desde los días del juvenil romanticismo de Werther: utilizar el instinto hasta darle valor cultural. Pero, en realidad, este sano optimismo fué una coraza egoista ante los embates de la adversidad.

El tumulto de sus primeras obras que sirvieron para desencadenar el romanticismo en Europa, había sido aplacado,

o más bien dicho, había tomado un sendero nuevo. La llegada a la Corte, el viaje a Italia, la influencia clásica, abrieron los cauces de su inquietud. Su alma, indudablemente, fué presa de la discordia; pero en la lucha que sostuvo, la inquietud era mayor en el desasosiego y cultivaba el dolor como experiencia y como expiación. Además, su capacidad intelectual y la frescura de su sentimiento, le mantienen siempre alerta para todo cuanto ocurre a su contorno, y como si obedeciera a un mandato superior, deja los pequeños acontecimientos para empeñarse tan solamente en decir su mensaje a la humanidad.

¿Qué había hecho hasta entonces? Sus contemporáneos cansados de esta vitalidad poderosa, buscaban otros ídolos para dedicar su admiración; pero en vano, porque todo cuanto ha procedido después, en Alemania, y generalmente en el mundo occidental, deja ver la sombra de Goethe, como dijo un crítico moderno, porque es la más perfecta síntesis de lo antiguo y lo moderno. Pueden discutirle; pero todos van hacia él, y por su morada de Weimar pasan las notabilidades de Alemania, de Francia y de Inglaterra.

El *Werther* constituyó el glorioso pórtico del romanticismo; *Wilhelm Meister*, anota el mismo Goethe, no fué recibido con la satisfacción debida, y sin embargo, según Emerson, es la primera obra del género novelesco, sin que haya otra que en el siglo se le pueda comparar. Las obras que escribió después de su viaje a Italia fueron la perpetua conquista del espíritu sobre el instinto.

Hombre superior en muchos conceptos no se contentó solamente con escribir tantas bellas obras de literatura, ni se calmó dando pábulo a las alegrías de su corazón, ni halló sosiego entregándose a las cansadas labores de la administración de un Estado y de un Estado pequeño. La obra científica ocupa buena parte de su actividad, y en Italia trabaja sobre la metamorfosis de las plantas y durante la campaña de Francia, sobre los colores, y luego acerca de la unidad de composición del esqueleto. Y estos trabajos no representan mero diletantismo, sino que constituyen atisbos geniales que sugirieron nuevos senderos a la investigación científica.

Este equilibrio poderoso es efecto de la inteligencia, dice Taine; pero, con razón, anota Bourget, que no debe servirnos la vida de Goethe para probar el triunfo de la inteligen-

cia, porque el intelectualismo del escritor se apoyaba sobre un elemento más inconsciente y menos voluntario. Pensamiento justo y libre fué el de Goethe; pero su alta cultura constituyó un momento de la cultura de la raza alemana. Era el momento en que, como Meister, cambiaba de estado social. Alemania preparaba también su engrandecimiento.

Sea cualquiera la conclusión psicológica que se pueda desprender del estudio de tan fecunda vida, nos queda por decir que la última empresa por él acometida y sin la cual su vida no hubiera sido completa, fué la terminación del *Fausto*. Había pasado de los ochenta años y continuaba trabajando como en los años de juventud. «Mi única preocupación es de que se mantenga el equilibrio físico», escribía: el resto me será dado por añadidura. El cuerpo debe, el espíritu quiere». El *Fausto* fué el trabajo que le preocupó toda su vida; cuando su viaje a Suiza, en 1875, leyó a Klopstock algunas escenas de la obra; en 1808, apareció en la colección de sus obras completas, la tragedia de Margarita, o sea la primera parte del *Fausto*; la muerte de Byron en 1824 le hizo escribir la tragedia de Helena. Había que anudar todas estas partes, para que la obra tuviera la unidad y la grandeza que se había propuesto darle.

El *Fausto* es una de las obras fundamentales de la humanidad, como el *Prometeo* o el *Hamlet*. La leyenda del hombre que vende el alma al diablo por un momento de felicidad, había sido acogida numerosas veces por los escritores de Alemania y de Inglaterra; acaso en el folk-lore español tampoco era desconocida esta leyenda. Aquí encontró Goethe el material para su obra llena de profundidad y de grandeza. La primera parte del *Fausto* es generalmente conocida por la vulgarización que ha encontrado al ser utilizada por los grandes músicos; los personajes que en este poema dramático intervienen son populares; pero difícilmente puede la comprensión popular penetrar en el alcance de esta obra simbólica y eterna, porque ataca problemas que atañen a la generalidad de los mortales.

Una experiencia casi secular es la que contiene en esta obra, que, por la subjetividad innata del autor, tiene mucho de autobiográfico. Sus propias pasiones, los tormentos de su vida, las altaneras ambiciones, la perpetua lucha que se libraba en su espíritu entre el bien y el mal; sus amarguras de solitario, la embriaguez de belleza, los amores que le en-

lo quecieron, los anhelos de acción, los ímpetus de soberbia avasalladora; todo lo puso en el crisol de su experiencia y de su saber y produjo la obra admirable.

El *Fausto*, como escribía Amiel, es una catedral construida, durante sesenta años, sin plan primitivo sin unidad rígurosa. No es una tragedia, es un *misterium* que representa la vida humana, la lucha entre el ser finito contra el infinito. No es una obra que deslumbra, es como la verdad que permanece intacta.

El viejo sabio, que anhela la vida, es el símbolo del hombre actual, y por eso la obra es como el espejo en que se reflejan nuestras pasiones. Allí vemos al hombre que ye rra porque tiene aspiraciones, amamos con Fausto a quien desea lo imposible. Sabemos como él que nos volvemos viejos; pero que no es posible volverse juiciosos. Nos repugna lo que se logra con leve esfuerzo; nos halaga lo que se obtiene con violencia. Sabemos que la acción es todo y la gloria nada; estamos persuadidos de que el goce avillana y convencidos de que lo que llaman talento es a menudo más bien fatuidad e inteligencia limitada. ¿Quién lo ha dicho, Fausto o Mefistófeles? No nos importa averiguar, porque lo estamos repitiendo como si fuera nuestro.

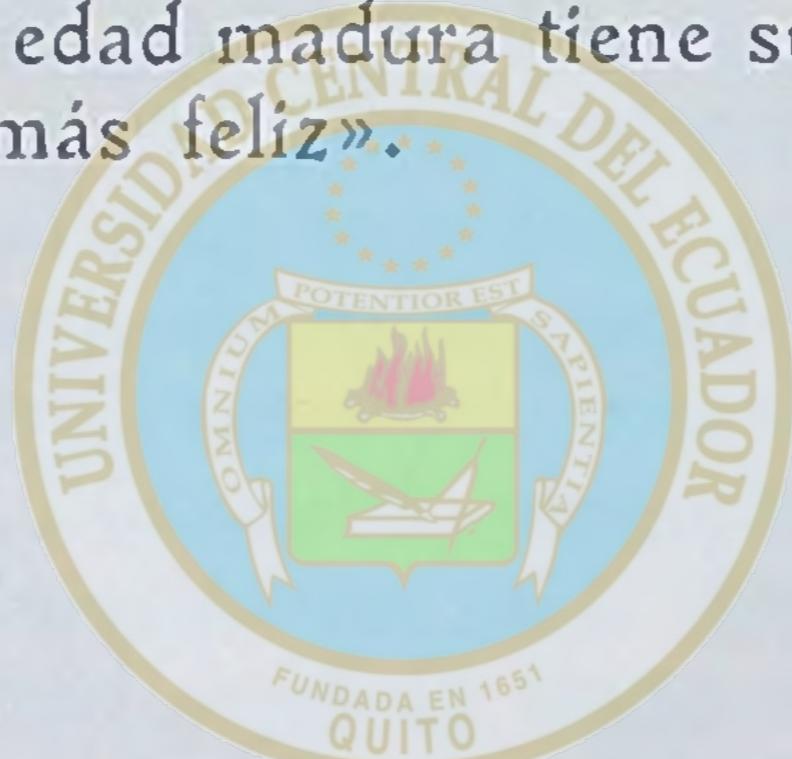
Fausto había vendido su alma para entregarla el día en que dijera al fugaz momento: ¡Detente! ¡Eres tan bello! Y ese día no llegó. Amó ~~ÁE~~ ^{FUNDADA EN 1854} ~~HIZO~~ ^{DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL} Margarita; amó con apasionamiento a Elena de Esparta, y al sublimarse con el contacto de la belleza eterna, pensó en Euforión el producto del mundo griego y de la exaltación moderna.

Fausto no se dejó regir por las pasiones solamente sino que tuvo la inquietud de lo alto; por esta razón, el viejo alquimista, que se afanó siempre buscando un ideal, fué salvado por los poderes eternos y por la fuerza del amor. ¿Será verdad que podemos interesarnos por Fausto, porque ha sufrido; pero no amarle, porque su ideal no es puro ni benéfico?

Hemos hecho un recorrido por algunos aspectos de la vida de Goethe y por ellos podemos ver que se trata de uno de los más hermosos ejemplares del ser humano. Aún más, Goethe se encuentra entre los diez o doce hombres más gran-

des que ha producido el género humano. Tiene inteligencia y voluntad; ahonda en los problemas de la naturaleza, como un sabio; se sujeta a una disciplina que le engrandece, pero no por ello renuncia a la libertad de pensamiento ni a la libertad de acción. Envejece colmado de gloria, pero permanece siempre hombre, con el cerebro vivo y fresco. Su pensamiento no descansó jamás: estudió y aprendió hasta cuando tuvo vida. Y sobre todo, el don de la poesía no le abandonó nunca. La poesía fué su eterna juventud y ella le acompañó hasta el último instante.

Concluyamos estas frases dedicadas a Goethe con las frases que el mismo Goethe pronunció cuando la muerte del poeta Wieland: «Al recordar su vida vemos que participó de la felicidad extraordinaria de cojer las flores de todas las estaciones, porque hasta la edad madura tiene su floración, de la que gozó de la manera más feliz».



ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL